

Hernández Juárez.

Hace veinte años que Francisco Hernández Juárez es el líder de los telefonistas en México. El 23 de abril de 1976 fue designado cabeza de un comité interino, nacido de un movimiento de insurgencia contra un liderazgo tradicional, a cuyo frente estaba Salustio Salgado, en campaña entonces en pos de una diputación federal en Guerrero, naturalmente presentado por el PRI. En el caso de Hernández Juárez se comprueba la falsedad del adagio tanguístico según el cual "veinte años no es nada". Estas dos décadas han sido mucho en la vida sindical mexicana en general y en el gremio de los telefonistas en particular.

Hernández Juárez nació el 3 de septiembre de 1949. Estudiante de ingeniería electrónica en el Politécnico, trabajó en Teléfonos de México desde los 16 años de edad. En la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica ingreso en un grupo cultural, el Ateneo Lázaro Cárdenas, a través del cual entabló relación con Enrique Ruíz García, un escritor político que en aquella época usaba el seudónimo de Hernando Pacheco y luego ha adoptado el de Juan María Alponete, y cuya influencia ha sido determinante en las concepciones y el trabajo político del líder telefonista.

Ruiz García tenía proximidad con el Presidente Echeverría, por lo que acercó a Los Pinos al joven militante sindical. Hartos de ser marginados de las decisiones cupulares, que incluían la revisión del contrato colectivo sin participación de los trabajadores, la mayor parte de los miembros depusieron a Salgado y eligieron a Hernández Juárez, cuya posición quedó refrendada en una consulta celebrada en mayo de 1976: de un total de 17 mil votos, más de catorce mil apoyaron el comité encabezado por el joven dirigente, apenas 1,800 se manifestaron por el viejo orden, y medio militar prefirió realizar nuevas elecciones.

En agosto siguiente una convención ratificó a Hernández Juárez, en lo que fue propiamente el comienzo de su trayectoria de liderazgo, pues hasta ese momento parecía sólo producto de una coyuntura inteligentemente aprovechada. Un movimiento como el que encabezaba tenía que moverse entre Scila y Caribdis: por un lado estaba el firme inmovilismo del Congreso del Trabajo, agraviado porque uno de sus cofrades había sido echado sin miramientos, con el riesgo que eso representaba para la dirigencia tradicional. Por el otro lado, el sindicalismo independiente y democrático experimentaba la rudeza del trato gubernamental. Apenas cobraba conciencia entonces del severo golpe que el gobierno de

Echeverría había asestado, aun empleando la fuerza militar, a la Tendencia Democrática de los electricistas. Hernández Juárez se colocó en medio de esas posiciones extremas. Y para que no se temiera en los círculos oficiales un parentesco que no tenía ni deseaba tener, dijo a los convencionistas de su sindicato, en una fórmula practicada desde entonces, lo siguiente:

Se exige a los telefonistas "que nos enfrentemos abiertamente al sistema político imperante en el país, bien aliándonos incondicionalmente a las organizaciones de lucha radicales, bien renunciado al Congreso del Trabajo. De no ser así, sentencian, demostrarán que su movimiento es sólo un cambio de personas, es decir, que si nuestra política no está totalmente acorde con las disposiciones y tácticas de lucha de quienes estén en la tarea independiente, entonces no somos dignos de ese derecho histórico. Esta presión más que desconsolarnos, nos duele, máxime que encuentra aliados en compañeros nuestros que urden todo tipo de frases heroicas con el firme propósito de demostrar su convicción revolucionaria, pero olvidando que el cambio social no se riñe con la estrategia, y sobre todo que este cambio no debe ser proyecto personal de autocomplacencia, sino un movimiento organizado de trabajadores, y en Teléfonos de México somos 22 mil trabajadores dispuestos a la lucha organizada y no al suicidio, como estuvo a punto de ocurrir merced a las presiones de los revanchistas, los errores de nuestra adolescencia política y la irreflexión de nuestra emotividad".

Ese pragmatismo tan claramente expuesto, tan rápidamente aprendido y desarrollado tan largamente, ha sido una regla de oro para Hernández Juárez, le ha permitido sortear toda suerte de escollos, allarse y desvincularse de otros dirigentes sindicales, especialmente Fidel Velázquez, y de líderes políticos, incluidos cinco presidentes de la república.

Reelegido con votaciones inequívocas cada tres años (oportunidad en la cual se reforman los estatutos para permitir su permanencia "por esta única vez"), Hernández Juárez condujo a su sindicato en dos trayectos emparentados pero diversos. Por un lado, la privatización, el tránsito de la empresa pública a la condición de monopolio privado, especialmente favorecido por el Estado; y, por otra parte, la modernización, que implica resolver el dilema de la productividad sin merma de los derechos laborales.

Sus compañeros opinan que ambos procesos han sido satisfactorios, porque el año pasado lo reeligieron nuevamente, a pesar de que se cuestionaba ya en ambientes públicos la claridad de la privatización, en cuyo curso fue determinante el apoyo sindical y el de Hernández Juárez en particular. Esa reelección significó, igualmente, sortear el difícil escollo de la estrecha relación mantenida por el líder con el Presidente Salinas, cuya es-

trella no sólo ha declinado sino que chocó estrepitosamente contra el suelo.

Esa vinculación personal de Hernández Juárez con Salinas ha sido uno de los hitos principales de su relación con el poder, una relación oscilante y dialéctica. Aunque ha sido presidente del Congreso del Trabajo, y mantuvo cercanía con Fidel Velázquez, Hernández Juárez encontró un camino propio, cuando el tradicionalismo cetemista le hizo saber que un recién llegado no era bienvenido. Ha sido, por eso, un factor dinámico en la creación de una instancia alternativa, la Federación de Sindicatos de Bienes y Servicios, que pasado mañana será protagonista de una de las varias expresiones del movimiento obrero, lejana como hace veinte años del radicalismo (ahora reunido en la coordinadora Sindical Primero de Mayo) y de un sindicalismo oficial que, simbólicamente, prefirió ya desde el año pasado atender su propia flebitis y ya no marchar.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Hernández Juárez

El pragmatismo ha sido una regla de oro para Francisco Hernández Juárez, que le ha permitido sortear toda suerte de escollos, aliarse y desvincularse de otros dirigentes sindicales, especialmente Fidel Velázquez, y de líderes políticos, incluidos cinco presidentes de la República.



HACE VEINTE AÑOS QUE FRANCISCO HERNÁNDEZ JUÁREZ es el líder de los telefonistas en México. El 23 de abril de 1976 fue designado cabeza de un comité interino, nacido de un movimiento de insurgencia contra un liderazgo tradicional, a cuyo frente estaba Salustio Salgado, en campaña entonces en pos de una diputación federal en Guerrero, naturalmente presentado por el PRI. En el caso de Hernández Juárez se comprueba la falsedad del adagio tanguístico según el cual "veinte años no es nada". Estas dos décadas han sido mucho en la vida sindical mexicana en general y en el gremio de los telefonistas en particular.

Hernández Juárez nació el 3 de septiembre de 1949. Estudiante de ingeniería electrónica en el Politécnico, trabajó en Teléfonos de México desde los 16 años de edad. En la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica ingresó en un grupo cultural, el Ateneo Lázaro Cárdenas, a través del cual entabló relación con Enrique Ruiz García, un escritor político que en aquella época usaba el seudónimo de Hernando Pacheco y luego ha adoptado el de Juan María Alponente, y cuya influencia ha sido determinante en las concepciones y el trabajo político del líder telefonista.

Ruiz García tenía proximidad con el presidente Echeverría, por lo que acercó a Los Pinos al joven militante sindical. Hartos de ser marginados de las decisiones cupulares, que incluían la revisión del contrato colectivo sin participación de los trabajadores, la mayor parte de los miembros depusieron a Salgado y eligieron a Hernández Juárez, cuya posición quedó refrendada en una consulta celebrada en mayor de 1976: de un total de 17 mil votos, más de catorce mil apoyaron el comité encabezado por el joven dirigente, apenas mil 800 se manifestaron por el viejo orden, y medio millar prefirió realizar nuevas elecciones.

En agosto siguiente una convención ratificó a Hernández Juárez, en lo que fue propiamente el comienzo de su trayectoria de liderazgo, pues hasta ese momento parecía sólo producto de una coyuntura inteligentemente aprovechada. Un movimiento como el que en-

cabezaba tenía que moverse entre Scila y Caribdis: por un lado estaba el firme inmovilismo del Congreso del Trabajo, agraviado porque uno de sus cofrades había sido echado sin miramientos, con el riesgo que eso representaba para la dirigencia tradicional. Por el otro lado, el sindicalismo independiente y democrático experimentaba la rudeza del trato gubernamental. Apenas cobraba conciencia entonces del severo golpe que el gobierno de Echeverría había asestado, aun empleando la fuerza militar, a la Tendencia Democrática de los electricistas. Hernández Juárez se colocó en medio de esas posiciones extremas. Y para que no se temiera en los círculos oficiales un parentesco que no tenía ni deseaba tener, dijo a los convencionistas de su sindicato, en una fórmula practicada desde entonces, lo siguiente:

Se exige a los telefonistas "que nos enfrentemos abiertamente al sistema político imperante en el país, bien aliándonos incondicionalmente a las organizaciones de lucha radicales, bien renunciando al Congreso del Trabajo. De no ser así, sentencian, demostrarán que su movimiento es sólo un cambio de personas, es decir, que si nuestra política no está totalmente acorde con las disposiciones y tácticas de lucha de quienes están en la tarea independiente, entonces no somos dignos de ese derecho histórico. Esta presión más que desconsolarnos, nos duele, máxime que encuentra aliados en compañeros nuestros que urden todo tipo de frases heroicas con el firme propósito de demostrar su convicción revolucionaria, pero olvidando que el cambio social no se riñe con la

Reelegido con votaciones inequívocas cada tres años, Hernández Juárez condujo a su sindicato en dos trayectos emparentados pero diversos: la privatización y la modernización.

estrategia, y sobre todo que este cambio no deber ser proyecto personal de autocomplacencia, sino un movimiento organizado de trabajadores, y en Teléfonos de México somos 22 mil trabajadores dispuestos a la lucha organizada y no al suicidio, como estuvo a punto de ocurrir merced a las presiones de los revanchistas, los errores de nuestra adolescencia política y la irreflexión de nuestra emotividad".

Ese pragmatismo tan claramente expuesto, tan rápidamente aprendido y desarrollado tan largamente, ha sido una regla de oro para Hernández Juárez, le ha permitido sortear toda suerte de escollos, aliarse y desvincularse de otros dirigentes sindicales, especialmente Fidel Velázquez, y de líderes políticos, incluidos cinco presidentes de la República.

Reelegido con votaciones inequívocas cada tres años (oportunidad en la cual se reforman los estatutos para permitir su permanencia "por esta única vez"). Hernández Juárez condujo a su sindicato en dos trayectos emparentados pero diversos. Por un lado, la privatización, el tránsito de la empresa pública a la condición de monopolio privado, especialmente favorecido por el Estado; y, por otra parte, la modernización, que implica resolver el dilema de la productividad sin merma de los derechos laborales.

Sus compañeros opinan que ambos procesos han sido satisfactorios, porque el año pasado lo reeligieron nuevamente, a pesar de que se cuestionaba ya en ambientes públicos la claridad de la privatización, en cuyo curso fue determinante el apoyo sindical y el de Hernández Juárez, en particular. Esa reelección significó, igualmente, sortear el difícil escollo de la estrecha relación mantenida por el líder con el presidente Salinas, cuya estrella no sólo ha declinado sino que chocó estrepitosamente contra el suelo.

Esa vinculación personal de Hernández Juárez con Salinas ha sido uno de los hitos principales de su relación con el poder, una relación oscilante y dialéctica. Aunque ha sido presidente del Congreso del Trabajo, y mantuvo cercanía con Fidel Velázquez, Hernández Juárez encontró un camino propio, cuando el tradicionalismo cetemista le hizo saber que un recién llegado no era bienvenido. Ha sido, por eso, un factor dinámico en la creación de una instancia alternativa. La Federación de Sindicatos de Bienes y Servicios, que pasado mañana será protagonista de una de las varias expresiones del movimiento obrero, lejana como hace veinte años del radicalismo (ahora reunido en la coordinadora sindical Primero de Mayo) y de un sindicalismo oficial que, simbólicamente, prefirió ya desde el año pasado atender su propia flebitis y ya no marchar.